

todo a la vez. Hay una última palabra, pero el silencio conformador y final no lo aporta el escritor sino que lo proporciona la muerte, y la escritura es un acto de afirmación de la vida, insuficiente y melancólico, pero vital y, en este caso, muy Vidal. Con idas y vueltas a las seducciones budistas del nirvana, de la cesación del deseo, el escritor es «un hijo del enfermo Occidente» y no puede ser ningún otro. Dejar de desear es disolver el sujeto y sin sujeto no hay escritura, hay vacío semántico. Nada menos Vidal, nada más alejado de su locuacidad, tan cercana, siempre, a la confidencia chismosa y, por esta vía, al mito. El chisme y el mito son dos maneras de formular algo que nadie ha visto y en lo que todos creemos. Y en cuya repetición vivimos.

El deseo es, siempre, deseo de los otros. Nadie se desea a sí mismo, y Vidal se muestra como un indeseado, un intruso y una oveja negra, que impone su nombre como objeto del deseo ajeno, por medio de sus obras. Quizá sea este perfil de lo deseable lo único vezaz de todo libro de memorias (véanse las acusaciones de mitomanía que dirige a los diarios de Anaís Nin, por ejemplo). El deseo ajeno es nuestro destino: seremos lo que los demás quieren que seamos, por más pruebas en contrario que se produzcan.

Un padre querible y lejano, una madre repugnante pero fascinante, retratan su herencia sentimental: le encantará lo que le resulta recha-

zable, ante todo el mundo tal como se lo han dado los Estados Unidos. Vidal recoge la visión que de su país tenía su abuelo, el senador Thomas Pryor Gore, que se administra la ceguera y resulta un americano arcaico, rural y autonomista. Su nieto detestará a Wilson, a Roosevelt y a Eisenhower, que proyectaron el país en el mundo, de modo imperial (¿qué poder no propende al imperio?). Detestará a esa república dominada por los fabricantes de armas, las mafias y los servicios secretos, y en cuya política intervendrá episódicamente, tal vez para codearse con Eleanor Roosevelt, los Kennedy y Truman. Siempre, con la distancia nobiliaria de un sureño loco y obsesionado por el honor.

Cientos de personas y obras pasan por estas páginas. En vano se buscarán observaciones decisivas sobre escritores, políticos, gente de mundo o periodistas. Sí, en cambio, muchas rápidas percepciones de cronista que no vuelve sobre sus pasos. Vidal aborrece a la *beautiful people*, pero se la pasa de un sarao en otro, anotando nombres, como un *name dropper*.

Quizá la articulación mayor y lo mejor del libro sea una larga y romántica historia de amor. De adolescente, se enamoró de Jimmie Trimble, hizo el amor con él y dejaron de verse a los diecisiete años. Jimmie murió en la guerra. Él era la mitad de Vidal y su fantasma y su decreto lapidario (no amarás a ningún otro) lo siguen de por vida. Gore verá a su madre, sus amigos,

sus compañeros, su novia, visitará su tumba y querrá ser enterrado a pocos pasos de su sepulcro.

Esta separación infranqueable se convierte en una escisión compulsiva entre cuerpo y alma. Sus compañeros de sexo serán objeto y mercancía. No tratará de satisfacerlos, sino de aquietarse en la persecución de la inhallable y auténtica mitad de sí mismo. Se impondrá severas leyes: no follar con amigos, colegas, gente mayor que él, chicos inteligentes ni mujeres. No hacer sino ciertas cosas (los detalles se cuentan con pelos y señales, sobre todo con pelos) y convivir durante más de cuarenta años con un compañero, Howard Auden, sin comercio sexual, un personaje del que sólo se nos cuenta que lo conoció en un baño público y que fue operado de un tumor benigno en la tiroides. El acicate del deseo sexual es la muerte: sustituir al muerto insustituible. Él, pequeño dios, no envejeció ni se disolvió en el harzazo y la cotidianidad.

Ha de haber un surco entre este libro y los demás de Vidal, un surco comparable al que divide su cuerpo de su alma (el alma de Jimmie, en el cielo de la eterna juventud poblada de proyectos y con la escasa realidad de un soldado muerto en la guerra, una escena que Vidal no presencié y que trata de evocar insistentemente). «Parece ser que he escrito, por primera y última vez, una historia de amor en lugar de una de fantasmas que me temía, tan circular en su forma como el deseo y su objeto...» Los

puntos suspensivos, según Barthes, son el lugar del deseo en la escritura. El lugar de esas últimas palabras de Jimmie que, por impronunciables, exigen a Vidal darles cuerpo, el cuerpo, el *corpus* de la escritura misma.

**Blas Matamoro**

## Relectura de Sigüenza y Góngora

En *La prosa de Sigüenza y Góngora y la formación de la conciencia criolla mexicana* —coeditado por la Universidad Nacional de Educación a Distancia y Fondo de Cultura Económica en España— Antonio Lorente desgrana en cuatro capítulos, una introducción y una conclusión, la obra del polígrafo novohispano. Lorente fija los textos, establece su génesis y cronología, contribuye a su fecha-ción cuando ésta es incierta, dibuja y reconstruye el paisaje que circunda las obras del novohispano mexicanista, recapitula la historia de su recepción crítica y entrelinea en el ejercicio textual datos y rasgos para una biografía, encauzando esas restituciones filológicas e históricas hacia una restitución de

su sentido. Esa arqueología textual, ese inteligente oficio de piedad, escribe una historia: la de la formación de la conciencia criolla mexicana, es decir, la instauración de una identidad comunitaria que, al par que inicia su acción en la historia, traza los derroteros de su autoconocimiento. Tal instauración que es también instrumentación –civil, política, religiosa e histórica– no sabría desarrollarse sin tensiones ni contradicciones, y uno de los méritos de la obra de Lorente –pues nuestro tomo es algo más que un libro– estriba en el desprendimiento que le permite observar y documentar la paradójica escala del patriotismo criollo que, de un lado, afirma lealtad a la corona, a la Iglesia, sus dogmas y jerarquía, a la imparcialidad histórica y científica y, del otro, se ve impulsado a ensalzar a los antiguos reyes mexicanos, a encarecer la superioridad de la devoción y vida religiosa criolla, a realzar, en fin, la nobleza y dignidad de su «patria» –país, paisaje, ciudad, comunidad, familia– desde una perspectiva abiertamente providencialista y mesiánica que haría de la capital de Nueva España un avatar de Roma, y de sus ciudadanos, los hijos elegidos de una promisoriosa Ciudad Estado. Don Carlos de Sigüenza y Góngora procede a esa edificación, entonces subversiva, con paso firme pero andar oblicuo, sin perder el norte de ese incipiente *ethos* pero cuidando no vender crudamente su trama a través de obras conmemorativas, ancilares o

de ocasión, de textos históricos, hagiográficos o científicos donde, bajo la intención explícita, corre palpitante el subtexto de una conciencia criolla mexicana, de una educación nacional que con él aflora y germina.

Cabe anotar en la cuenta blanca, positiva de Lorente, que su erudición europea y novohispana le permite calzar a Sigüenza y Góngora con solvencia y oportunidad y así, al par que restituye las claves e intenciones manifiestas, por ejemplo su *Theatro de virtudes Políticas* o en *Alboroto y motín de los indios de México* (que es su simétrica inversión y la ironía sabría titular *Teatro de vicios políticos*) sabe tocar las claves armónicas del polémico discurso ahí entrañado –ponerle a un virrey español como espejo de virtudes la visión moral de los reyes indios vencidos. Tacto y tiento de Lorente que le permiten retratar la ambigüedad de esta figura, tanto más atractiva cuanto más ambigua: a la vez letrado palaciego y encubierto propagandista, intelectual orgánico de un órgano embrionario e incipiente: la conciencia criolla mexicana, institución simbólica de otra institución, el cuerpo de familias y funcionarios nobles, criollos de origen español, encargados de ministrar la ley humana y divina en la flamante colonia (¿Qué pervivirá de esa ambigüedad genética del abuelo de los albores en la clase intelectual y política, los choznos que lo heredan, se pregunta el ingenuo lector?). Don Carlos de Sigüenza y

Góngora se va recortando así a la vez como un bajo más de la coral establecida y como el sutil solista portavoz de un coro, la figura heráldica, para citar a Antonio Lorente Medina, de «una red de criollos que constituía un grupo de presión que tamizaba y dirigía la cultura del virreynato: criollos son los censores, criollos los catedráticos (a menudo también censores) y criollos son los dueños de las imprentas en que estas obras aparecen» (...) «este grupo de presión cada vez más poderoso possibilitó el germen de lo que andando el tiempo serán la facción de criollos que consumarán la Independencia» (p. 118).

El lector de Lorente identifica otro tema: al origen divino del poder de los reyes –motivo antimachiavélico implícito en el acatamiento de la real autoridad católica– se añadirá el motivo de la predestinación divina de un país (México) que lleva el nombre de una ciudad (México) que se llama así en honor de la familia de sus antiguos fundadores (los reyes mexicas). Desde luego, esa predestinación es de orden religioso y cultural pero ante todo de política índole, y lo que pone en el tablero es, ni más ni menos, el juego de la legitimidad, la justa causa, la justicia de la dominación. A Lorente Medina no se le escapa la contradicción, el íntimo rifirrafe en que Sigüenza y Góngora se debate y, así, observa una escisión, «una dicotomía constante entre la exaltación del pasado prehispánico –siempre

con vistas al engrandecimiento de su propia comunidad– y el repudio del indio concreto y sometido con el que convive realmente y al que considera ‘naturalmente’ vasallo del español que le trajo la luz del Evangelio» (p. 215). Cabría preguntarse si esa contradicción manifiesta no es una condición inmanente, si el doble lenguaje no se da como la clave maestra del lenguaje de la legitimación.

El mérito de la exposición crítica de Lorente es así múltiple pero se concentra en la exactitud celosa, el vigilante y preciso arte de la memoria que le permite, por ejemplo, asentar como definitivo el carácter histórico de una obra menor de circunstancias que el capricho de la posteridad ha sabido sobrestimar –*Los Infortunios de Alonso Ramírez*– acaso la contribución más aparatosa y contundente de este libro. Y si, como escribe Antonio Lorente Medina, «para Sigüenza la historia está constituida por las ‘acciones humanas ejemplares’ y tiene como finalidad primordial relatar ‘el drama de los personajes ilustres que, como instrumentos de la Providencia Divina’ conducen a los pueblos al logro de sus ideales y los conforman con ellos» (p. 136), para el estudio de las letras, la historia del texto ha de pasar por «la crítica de las fuentes utilizadas cuando *las consideren erróneas hasta el extremo de establecer un debate intelectual con ellas*» (114), y así estar en situación de vencer o al menos acotar la dimensión cuasi-míti-